

Rogelio Blanco Martínez

- *"Haz de la fealdad tu desafío.*
- *Que el arte prescindiera del arte, que la pintura prescindiera del color, un poco de soledad le vendrá muy bien.*
- *Los pintores de hoy, ruina prehistórica en el año 2059.*
- *Necesitamos otros sentimientos que no sean el miedo, el amor, la violencia y la belleza.*

- *Acabar en cuadro: desastre cotidiano.*
 - *El sentido de la pintura es la crisis.*
 - *Dime gilipollas, ¿se puede pintar una caricia?*
 - *No hay buenos ni malos pintores, sólo hay ineptos e imbéciles que aplauden.*
 - *Eslogan de los museos: el arte el alcance de los pobres de espíritu"*
- (Ángel Alonso)

Soledad es amor

El título lo extraigo de una carta que María Zambrano dirige a Ángel Alonso. Es la contestación ante una propuesta del pintor a la filósofa: renunciar a la nacionalidad española. "Sé que renuncias al pasaporte de nuestro País, le escribe María, le entregas, le das todo lo que ellos, allí, te permiten (...) Quieres abrazarte a la soledad, apurar la soledad en que España nos deja, sin mezcla, sin paliativos. Soledad es amor". Y en la misiva, Zambrano, a su vez expone su posición: "Sé que tengo que seguir entre los que llevan la cruz de ser españoles hasta de pasaporte. Nos ha tocado esa forma de cruz".

Esta carta es de noviembre de 1967, la continuación de una anterior en la que la filósofa, ante la propuesta de Alonso, se limita a remitirle su *Carta sobre el exilio*. En ese texto está todo lo que tenía que decirle. Mas también le da dos recomendaciones, práctica la primera: "Y en el orden práctico, escribe María, tienes que saber que es necesaria, absolutamente necesaria una nacionalidad"; en la segunda le aconseja que se vuelque en su pintura, "porque lo atroz, Ángel, no es ser de un País ni de otro, sino de la condición humana".

Ángel Alonso, pintor nacido en Laredo (Cantabria) en 1923, fallece en París en el año 1994, ciudad elegida para vivir su soledad desde el año 1947. De formación autodidacta, fragua su quehacer artístico en París. Hasta el año 1960 es susceptible de recibir influencias, son años de formación y definición. El color y la técnica de Matisse primero, las influencias de la portuguesa Vieira da Silva, el ruso Nicolás de Stael y el francés Pierre Tal-Coat, en segundo lugar, ayudan en la confirmación de un estilo y, en el caso de los tres últimos, de una amistad que le permite soportar la soledad.

Pero la sensibilidad y receptibilidad de Ángel no sólo eran raptos de lo pictórico, sino también de lo teórico, de la reflexión. Alonso llegará a ser un pintor-filósofo, y a esta formación contribuirá María Zambrano. Pintor y filósofa compartieron tiempos y espacios, palabra y silencio.

Desde 1960 a 1982 elige la soledad del campo, en Genainvilliers, aldea próxima a Chartres, con la intención de entregarse en exclusiva a la pintura y a la experimentación. Ajeno al arte comercial y a los circuitos pictóricos sobrevive pobremente, a la vez que lleva su espiritualización del arte a las últimas consecuencias: se niega a dejar sus obras ante la

demanda de los galeristas. Son años de desentrañar el arte que encierra la naturaleza ante el que se siente empequeñecer. Una caña seca de cereal la abrasa el fuego, cambia de color, pero mantiene la forma. Ese es el misterio indeleble de la naturaleza e inimitable.

Mas no sólo experimenta formas y representaciones en la lejanía de lo crematístico, sino que como los viejos maestros elabora con medios naturales los colores e instrumentos que utiliza. Soledad y reflexión, búsqueda y misterio.

Vuelve a París en el año 1982, se ubica en el taller de su amigo Tal-Coat. Inicia un período de exposiciones. Sorprende la unión que logra entre materia y color y, sobre todo, la pureza de sus colores. Y esta ciudad, París, recibe los últimos secretos de quien sólo se dejó llevar por el arte creador, el que siempre exige silencio y soledad.

Cioran le denominó como “un monje herético” “de espíritu generoso e intenso orgullo”, “cínico en sus opiniones”, un provocador “que se mataría al instante si lo mandaran exiliado al paraíso”. Este pintor, de instancias dolorosas, realiza una obra contumaz, simplificada de formas, pura de colores, centelleante, que despreza el devenir monótono provocando la pereza del arco iris.

¿Por qué pintar? ¿Qué ocultas razones le obligan sin tregua, si desconfía de la historia de la pintura y sus circunstancias? Es la inmutabilidad, el contacto furtivo y tenebroso, el silencio y la visión, la obligación para el ojo de trascender la realidad y entenderla (Aristóteles). Es el diálogo inmemorial con la luz y las sombras, la necesidad primigenia de descubrir las entrañas de la realidad, de objetivar los sueños, de exorcizar lo cotidiano, de alejar el olvido y de superar la indiferencia.

Este solitario irreductible de alma agónica, violenta y tierna, con pasmo y rechazo artístico vivió ajeno a los vergonzantes agasajos culturales y sus cotizaciones rentables; lejos del

agiotismo especulador se marca un itinerario cansino alejado del oficialismo museístico. Ángel Alonso, poseedor de una azul mirada límpida y cejas caídas, seguro de sí, eligió un camino de asperezas e intrincadas sendas para sacar las opacidades del misterio de la naturaleza; todo ello muy propio de quien se enfrenta al arte desde la experimentación sacerdotal.

Tanta fidelidad la pagó con miseria y sangre; quizá porque el ancestro primigenio ya le había tocado desde las cuevas de su Cantabria natal, donde el origen de la pintura se explicita con la sangre. La materia, toda ella en sus elementos: agua, fuego, tierra y aire; cenizas y ruina; tristeza y tiempo; pigmentación y forma, en las manos creadoras de Ángel se convierten en residuo del paso de los seres por la vida, huella para el tiempo, sincronía con la historia, que necesitan redimirse en su vuelta a lo originario. Esta es la realidad artística de Alonso, fielmente fundida con su biografía, una sonora realidad a la que debemos escuchar, pues es dialogante; y sobre la que no debemos pisar ni pesar (M. Zambrano).

Esencialidad, sabiduría del color en su estado puro, austeridad en la forma, desinterés arquitectural, palpaciones de la luz sobre el color, subversión frente a las cánones, espera de la refracción de la luz sobre el color y la mirada inocente del espectador son los intereses de Ángel Alonso. Un creador, poco conocido, que consiguió poner la pintura a arder, desde la intemperie, esperando el asomo generoso de la materia, sin desoír sus voces. Si como artista fue fiel a sí mismo, pero sin ensimismamiento, como persona cargó tercamente con su pobreza, hasta deshacerse de patria. Con frente dolorida y sonrisa queda, emergente como espiga y dúctil como junco adoptó el viento como espacio para que no le derribara la miseria.

Si para Alonso se escogiera una figura geométrica zambraniana, ésta sería la elipse, la forma capaz de empaparse de realidad, de reír, de llorar sobre el surco de la vida mientras la amargura le carcome.

La pintura de Alonso no es amable, es seca y ardiente, agrietada y generosa, telúrica, que navega de ocres intensos a grises ceniza, de verdes opacos a pardos terrosos. Es densidad poética.

Para quienes conocen el sentir y pensar de María Zambrano no es difícil comprender la real comunicación que se estableció entre pintor y filósofa. Una comunicación más caracterizada por la intensidad que por la duración. María entendió la palabra de Ángel a través de su pintura. Ángel entendió la plática de María a través de su palabra. Para esta comunión no les importó compartir espacio y tiempo. María acudió con su hermana Araceli a Genainvilliers. Mientras Alonso contemplaba los campos, la quema de los rastrojos por los campesinos y recogía pimientos, María escribió la mayor parte del libro *El sueño creador*. Obra que ya ultimaría, en su edición completa, en Madrid y con la colaboración de su amigo el filósofo Fernando Muñoz Vitoria. Mas ambos, Ángel y María, compartían el nacer de cada aurora, acto que provocó en Zambrano la realización de un libro que no llegó a escribir y del que sólo sabemos el título: *Ética musical*. Después de explicitar, con brevedad, el ser y el pintar de Alonso, qué duda cabe que su obra se originaría en las largas conversaciones de los amigos. Es conocida, por otra parte, la relación de Zambrano con los pintores, así la justifica este monográfico de la revista, pero opino que de todos ellos, con Ángel Alonso y Luis Fernández fue con quienes más aproximación filosófica realizó Zambrano.

Ángel y Luis, además de plásticos, eran reflexivos alquimistas; ambos compartían el descubrir la composición de la materialidad y sus colores para ofrendarlos a la luz. Todo un ejercicio de reflexión nada ajeno al primigenio de la filosofía: la búsqueda del porqué, del polvo vivo y originario de la materia, que se nos ofrenda sobre campos áridamente, ámbitos que Alonso recoge para sus cuadros y nos ofrece aquietados de realidad. Es la incisión que todo creador debe realizar sobre la realidad, sea a través del color o de la palabra.

Además de exilio, tal como vemos, Ángel y María compartían amigos: Roger Callois, René Char, E.M. Cioran, etc. Si con Alonso y Fernández la relación de Zambrano fue a través del arte pictórico y la palabra, será esta última la que le una a Cioran y Caillois. De ambos existe correspondencia y escritos en la Fundación de la filósofa veleña. Las conversaciones de la filósofa andaluza con el filósofo rumano “obligaron” a Cioran a reflexionar sobre la utopía, que se materializa en la publicación de *Historia y Utopía*, una reflexión que se ofrece en lenguaje paradójico sobre ambos términos. La relación con R. Caillois hizo que éste invitara a María al Coloquio de Royamont (1963) que versaba sobre “los sueños y las sociedades humanas”, en el que fue nuevamente alabada la comunicación de María titulada: *Los sueños y la creación literaria*. Además de Genainvilliers, Roma fue otro punto de encuentro de María Zambrano y su hermana con Ángel. Es conocida la afición a los felinos por parte de las hermanas, sobre todo de Araceli; éstas junto con Ángel recorrían los cubos de basura de los restaurantes para recoger comida para los numerosos gatos que custodiaban. Según un texto de Juan Carlos Marset a propósito de una exposición póstuma que realizó el Círculo de Bellas Artes de Madrid (1997), Alonso le comentaba que “una horda de gatos salían de todas partes, y que reconocían los pasos de María y de Araceli, les seguían, como los discípulos al maestro. Ellos los más fieles discípulos de María: todos los gatos de Roma”. Si la afición a los felinos era intensa por parte de las hermanas Zambrano, no menos era la canina por parte de Alonso. El texto de Marset recoge los reconocimientos de Ángel a María y Araceli, quienes lo adoptan como hijo: “yo era entonces casi un niño, dice, y ella me enseñaba a ser; a ser tolerante, reflexivo, a sostenerme”.

Este gran pintor cántabro, de quien no se duda su pertenencia a la *Escuela de París*, sintió palpitar originarios junto a la filósofa; los suficientes como para fijar cada uno un propio y personal camino. Ángel se queda en Francia

mientras que María y Araceli deciden vivir primero en Roma, luego en La Pièce, donde muere Araceli, Ginebra y, finalmente, Madrid. Ángel no regresó a España, aunque al final de su vida estuvo varias veces a punto de hacerlo. María, cuando vivió en La Pièce, le invitó a que compartiera en esta granja unos días con ella. Ángel no acudió. A partir de aquí la comunicación formal entre ambos desaparece, mas no la anímica, lazos profundos los encadenaban. Según Marset, en 1987, María le dictó un breve texto que lleva por título: *Ángel Alonso, un español que nos falta*. Quizá Alonso sea el último ángel de la España peregrina que no regresó, quizá sea porque siempre necesitamos el peregrinaje de los ángeles; pero éste siempre estuvo presente en María, con tal nombre apodó y su presencia le hizo confundir alguna de las dedicatorias manuscritas que me hizo de sus libros. En algún momento me llamó "Ángel". Y yo añadía: "Blanco". ¿Y por qué no?, contes-

taba ella, a la vez que agregaba: "la mirada azul os une, me recuerda a mi Ángel".

"-La hiedra es hermosa, no así los escombros

-Es una hermosa planta que vive de los escombros, de los restos de las ruinas.

El alma para vivir debe

Aferrarse al mundo exterior

Planta parasitaria

La hiedra es una especie

Una fuerza vegetativa

(...)

El alma no podría vivir sin cuerpo

Se aferra al cuerpo, lo atormenta

Hasta la muerte¹

(Ángel Alonso, Hospital Laennec, 1989)

¹ Textos de A. Alonso que encabezan y finalizan el texto que acompaña, se publicaron en el catálogo: "Ángel Alonso" con motivo de la exposición en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, 1997